



económicas. Estas variantes temáticas son, por lo demás, algo que contribuye a darle mérito a la obra, puesto que los aspectos culturales y, sobre todo, los referidos al sistema de comunicación nahua resultan los más novedosos. En cambio, los de tipo político y económico han sido tratados por los estudiosos con mayor detenimiento.

Como el asunto del *altepetl*. En el capítulo dedicado a ese tema, el autor no ofrece muchos más elementos de los que ya tenemos noticia. Que el concepto encierra un principio organizativo básico para los nahuas y que, por esa razón, se encuentra mencionado a lo largo de toda la obra, es algo que ya había hecho Gibson. Ciertamente Lockhart lo hace explícito, pero en un trabajo publicado años atrás,<sup>3</sup> también se había puesto de manifiesto, de manera expresa, la importancia de los *altepeme*. No quiero decir que no hay nada nuevo aquí, sino que los rasgos básicos del *altepetl* -en palabras de Lockhart: un territorio, un conjunto de partes constituyentes y un gobierno dinástico- y su importancia como sustrato sobre el que se asentó el dominio español ya habían sido dilucidados con anterioridad. Me parece, sin embargo, que el autor abundó en el asunto de tal manera que nos ha permitido conocer algo más de la estructura y funcionamiento del también por él llamado "Estado étnico".

Por ejemplo sus principios de organización modular o celular, opuestos a los de tipo jerárquico, en cuya base encontramos al *calpulli*; la consideración de éstos como microcosmos del *altepetl* y como entidades iguales y separadas; la observación de la complejidad de éste, en el sentido de que un conjunto de *altepeme* podía formar, a su vez, un solo *altepetl*, o de que, a pesar de funcionar todos bajo las mismas líneas generales, había variaciones en cuanto a tamaño, terminología y el peso que se le daba a ciertos mecanismos y estructuras. El autor ha mostrado también que el principio modular de organización del *altepetl* iba más allá de éste, para convertirse en un principio de carácter general, que abarcaba otras esferas de la vida nahua. Un ejemplo que se ofrece de esta afirmación es el de la organización de la vivienda. Al igual que el

---

<sup>3</sup> *Los pueblos de la sierra. El poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*, México, El Colegio de México, 1987, de Bernardo García Martínez.

*altepetl*, estaba organizada de manera celular, con su casa independiente ordenada alrededor de un centro, ocupada de manera separada por miembros individuales que, al mismo tiempo, pertenecían al conjunto. De allí la noción de microcosmos.

En el conjunto de la obra destaca como tema fundamental, y aun como enfoque, lo que para abreviar llamaremos el lenguaje, es decir, el sistema de comunicación nahua, que incluye el lenguaje escrito y el hablado, así como las manifestaciones artísticas y en general todas las formas de expresión. No es extraño por ello que el autor dedique no sólo los últimos tres capítulos del libro a estos elementos (más de la tercera parte, si consideramos que los capítulos 1 y 10 son, respectivamente, la introducción y las conclusiones), sino que en el resto de los capítulos se dediquen apartados específicos para abordar los cambios en el vocabulario relacionado con temas políticos, económicos, sociales o religiosos.

Así, por ejemplo, en el capítulo dos encontramos un apartado en el que se afirma que, a partir del siglo XVII, se produce un cambio en el vocabulario de los nahuas, pues algunos términos dejan de tener los significados de antaño (*tlatoani*) o simplemente dejan de ser utilizados (*teteuctin* y *pipiltin*). O el caso del capítulo tres, en el que en un subcapítulo acerca del "vocabulario del parentesco", se explica la terminología nahua utilizada para referirse a los parientes, sus equivalentes españoles y los cambios que experimentó una vez llegados y establecidos los conquistadores, que no eran más que una expresión de los cambios en el sistema de parentesco. O, finalmente, el capítulo cuatro, en donde se aborda la división que experimenta a mediados del siglo XVII la evolución del vocabulario y conceptos referidos al modo y tipo de apelativos, que estaban estrechamente relacionados con la estratificación social.

La importancia concedida al vocabulario descansa en la idea según la cual, en palabras del autor, el fenómeno lingüístico es el "más sensible" indicador, contenido en los registros históricos, de la extensión, naturaleza y trayectoria del contacto entre las poblaciones indígena y española. En otras palabras, la experiencia de la posconquista en el

México central se encuentra reflejada en su totalidad en la dimensión lingüística más claramente que en cualquier otro aspecto de la cultura. Para Lockhart no es que el lenguaje esté en los orígenes de una cadena de causalidades, sino que los patrones subconscientes del pensamiento nahua, resultantes en las regularidades de la evolución del lenguaje, fueron puestos en movimiento con toda claridad por el contacto indoespañol, ocurrido por razones de otra índole: económicas, políticas, sociales o religiosas.

Lockhart distingue así, en los diferentes aspectos de la vida nahua de posconquista, un “ritmo básico” dividido en tres etapas: una primera de corta duración en la que los cambios fueron mínimos, una segunda que llega hasta mediados del siglo XVII caracterizada por una “oleada de reorganización”, y una última que se desarrolló a partir de la segunda mitad del XVII en la que los cambios se volvieron más significativos. Este mismo *three-stages process* es observable -y de mejor manera según el autor- en el ámbito de la evolución lingüística. De esta manera, la primera etapa (1519-1550) se caracterizó por una situación virtualmente inalterada; la segunda (1550-1750) estuvo marcada por un préstamo masivo de vocablos españoles, aunque en su conjunto la lengua nahua se mantuvo poco modificada; y la tercera (a partir de 1750) en la que la lengua nahua se encontraba ya profunda y ampliamente influenciada por el español, hasta el punto en que se produjo una suerte de bilingüismo.

El autor analiza con sumo detalle los cambios que se produjeron en cada una de estas etapas, la manera en que los nahuas adoptaron algunos vocablos, adaptaron otros y siguieron usando algunos propios, de tal suerte que el interesado en los aspectos lingüísticos de la historia colonial encontrará material de primer orden. No obstante, creo que lo rescatable para otro tipo de intereses es la correspondencia que el autor establece entre las etapas de la evolución de la lengua nahua y los momentos de mayor o menor frecuencia e intensidad del contacto entre las dos poblaciones. Esto permite dar al libro un carácter que vaya más allá de un mero tratado de historia lingüística, por llamarla de algún modo, para visualizarlo como una historia sociocultural, vista a partir

de fenómenos del lenguaje: una historia del lenguaje y de la cultura material. Otro asunto que me parece del mayor interés es el hecho de que esta temática le permitió percibir la formación y expansión de un grupo de bilingües, que sirvieron como un canal abierto entre las dos comunidades lingüísticas.

Igual tratamiento reciben en el libro las diferentes maneras de la escritura indígena (la representación o pintura directa, los ideogramas o logogramas, y la transcripción fonética) o las distintas formas de la expresión (los anales, las canciones, el teatro, los títulos, el arte y la arquitectura). Entre todo este conjunto de manifestaciones quizá valga la pena destacar los títulos, ya que estaban identificados con la cultura popular e implicaban una mezcla de ideología corporativa, argumentación especiosa, oratoria y mito, lo que los convierte en una clara expresión de la vida corporativa nahua y, por ello mismo, del *alteptl*.

Tenemos en este libro, en síntesis, una visión más compleja y completa del mundo nahua, que brinda nuevos elementos para la interpretación de la etnohistoria mesoamericana, vista desde el interior del mundo indígena, gracias a la utilización de documentos "mundanos" escritos en nahua.

**Marco Antonio Landavazo**

Instituto de Investigaciones Históricas de la  
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

